

Las Máximas de La Rochefoucauld.

(Actividad propuesta por Francisco Giménez Gracia)

François de La Rochefoucauld (1613-1680) es, sin duda, uno de los grandes maestros de la filosofía moral francesa del siglo XVII. Sus *Máximas* causaron no poco escándalo entre sus contemporáneos, pero el éxito de sus pensamientos resultó rotundo. No es fácil condensar el pensamiento de La Rochefoucauld en unas pocas líneas. Habría que hablar algo de la influencia que sobre él ejerce el epicureísmo; o Montaigne, especialmente en sus reflexiones acerca del abismo existente entre el pensamiento y el ser; o Pascal, sobre todo en su honda misantropía; o el español Gracián, con su senequismo desencantado. Pero, sobre todas estas influencias, La Rochefoucauld supo imponer una voz propia, llena de frialdad, ironía, intimismo y, sobre todo, elegancia. Todo esto para expresar, una y otra vez, un mismo y obsesivo mensaje: la falsedad es la gran reina del siglo, de cualquier siglo; no hay virtud, ni bondad, ni valor, ni altruismo..., no hay nada, salvo el “amor propio.” La sociedad aristocrática francesa no supo ver que las doctrinas de este representante de una de las más nobles familias de Francia contenían el germen de muchas de las ideas que, más tarde, iban a terminar por socavar los fundamentos del Antiguo Régimen que les concedía todos sus privilegios. Incluso encontramos temas que luego desarrollarían Schopenhauer o Nietzsche. Ni el propio La Rochefoucauld estaba en condiciones de apreciar el alcance de sus pensamientos. Pero lo cierto es que muchas de sus máximas fueron recogidas y desarrolladas por los filósofos más corrosivos del siglo XVIII.

A continuación, presentamos una pequeña selección de las *Máximas* de este autor. Léelas atentamente y coméntalas con toda libertad: fíjate en aspectos como su visión desencantada del mundo, su profundo conocimiento de la naturaleza del hombre, su pesimismo, la capacidad de decir mucho con pocas palabras, su fino sentido de la ironía, etc.

“Con algunas virtudes sucede lo que con los sentidos: quienes están enteramente privados de ellas no pueden descubrirlas ni comprenderlas.”

“Nadie merece ser elogiado por su bondad si no tiene la energía necesaria para ser malo; cualquier otra bondad no es más que pereza o impotencia de la voluntad.”

“Por muchos descubrimientos que hayamos hecho en el país del amor propio, siempre quedarán muchas tierras desconocidas.”

“No sólo los hombres tienden a perder el recuerdo de los beneficios y de las injurias, sino que incluso odian a sus benefactores y dejan de odiar a quien los ofendió. La perseverancia en recompensar el bien y vengarse del mal les parece una servidumbre demasiado gravosa.”

“Los viejos gustan de dar buenos consejos para consolarse de no estar ya en condiciones de dar malos ejemplos.”

“Por mucho que nos elogien, no conseguiremos sorprendernos.”